

CAPITULO V.

ESTADO DE LOS NEGOCIOS DE ESPAÑA Y DE ITALIA HASTA FINES DE 1813. — NAPOLEON EN PARIS. — PROPOSICIONES DE FRANCFORT. — SESION DEL CUERPO LEGISLATIVO.

ANTES y despues de la disolucion del congreso de Praga, nuestros ejércitos, excitados en ambas penínsulas por Napoleon, que reconocia muy á fondo los peligros que aquejaban á la Francia, correspondian con la misma constancia, pero con fortuna diversa, á las intenciones del genio infatigable de aquel gran capitán. Acciones gloriosas, perdidas en las breñas escarpadas de las montañas y obscuridas con los desastres del ejército grande, señalaron los últimos esfuerzos del ejército de España, mandado por el mariscal Soult. Los generales Foy, Clausel, Abbé, Reille, Rey, Conroux, Drouet, etc., vincularon sus nombres en aquella campaña desgraciada, en que el valor frances sostuvo el último vuelo del águila imperial sobre la cima de los Pirineos.

A fines de 1813, solo quedó á la Francia en España, el pequeño puerto de Santoña, el cual casi sin defensa, tuvo la misma suerte que Hamburgo, al otro extremo de la Europa, conservando ambos la honra de poseer la bandera tricolor hasta el tratado de Fontainebleau.

El príncipe Eugenio llegó el 18 de mayo á Milan, despues de haberse ilustrado en la retirada de Posen, y haber tenido parte en los laureles de Lutzen; y á mediados de julio, contaba bajo sus banderas mas de cincuenta mil hombres. En el mes de agosto ocupaba en la línea del Save, Wippach, Alpen, Tarvis, Villach, Layback y Trieste; diferentes encuentros, unas veces prósperos y otras adversos, le rechazaron y volvieron á hacerle dueño de esas posiciones, las cuales habria podido conservar, á pesar de la sublevacion de la Iliria y la desercion de todos los soldados de las regiones reunidas á la Francia. Empero, el tratado de Ried entre el Austria y la Baviera, dando repentinamente á la guerra de Italia un carácter mas peligroso, y abriendo á las tropas austriacas los desfiladeros del Tirol, el Virey tuvo por conveniente estrechar su línea. Este

príncipe se hallaba, como su padre adoptivo, con las armas en la mano contra su suegro; y como Napoleon fue vendido con traicion en el campo de batalla, y marchó entre la defecion del rey de Baviera y la amistad incierta del rey de Nápoles, que habia vuelto del ejército de Alemania, ofuscado con la funesta influencia de las seducciones y de las promesas del gabinete austriaco. Si Joaquin, á quien Napoleon y el virey de Italia, llamaron para que auxiliase la Italia, permanece fiel, el camino de Viena hubiera vuelto á ver á Eugenio y Murat, y Napoleon habria debido su salvacion á aquellos dos discípulos suyos y compañeros de armas, á quienes habia confiado las insignias reales de la Italia para que las defendiesen contra los enemigos de la Francia.

La situacion de Eugenio es cruel, pues que se ve condenado á bajar los primeros escalones de la gloria militar de Napoleon, á atravesar las cuestas y no ya las cimas de los Alpes Julianos, de manera que su retirada es un combate perpétuo. El 31 de octubre se apoderó de Basano, arrojando de él á los Austriacos; el 5 de noviembre se replegó sobre el

Adige, despues de haber socorrido á Palma-Nova y organizado la defensa de Venecia, y á pesar de lo mucho que se habia debilitado su ejército nuevo con tantos combates sucesivos, con las enfermedades y con las innumerables guarniciones dejadas en las plazas fuertes, todavía se manifestó digno de los recuerdos que le rodean sobre el teatro de los prodigios del ejército de Italia que mandaba Bonaparte, en el tiempo en que ponía los cimientos de la fama del mayor capitán que han visto los siglos. El 15, batió en Caldiero al general Bellegarde; el 27, pierden los Franceses á Ferrara y Rovigo; los Austriacos se empeñan con tenacidad en ocupar estos dos territorios, porque saben que Joaquin, que ha puesto sus tiendas de campaña detrás de las del Virey, espera noticias del príncipe Cariatí, su negociador cerca del gabinete de Viena. Este príncipe se quedó en Nápoles con el Austriaco Neipperg y un enviado del Ingles Bentinck. La Italia se hallaba inundada de proclamaciones. El general Nugent promete á los Italianos, desde Rávena, la felicidad de que gozan ahora, bajo el dominio de la casa de Austria; Joaquin les anunció sin rebozo su in-

dependencia. Mientras tanto, el Virey manda construir un puente en Borgo Forte, y poner en estado de defensa el fuerte de Plasencia para defender el paso del Pó contra nuestros aliados de Nápoles, casi tan peligrosos como nuestros enemigos de Viena. La posición equívoca, ó por mejor decir amenazadora del rey Joaquin, era el objeto constante de la correspondencia del Emperador con el Virey: *Hacedle todos los agasajos posibles*, escribía Napoleón á Eugenio el 3 de diciembre, *para sacar de él el mejor partido posible*. En el ínterin, y con arreglo á las órdenes del Emperador, las ciudades, los arsenales, los almacenes de las provincias francesas é italianas se abren á los Napolitanos. Joaquin habia pedido armas al Emperador, y las recibe para volverlas en breve contra la Francia. Venecia, á quien bloqueaban estrechamente los Austriacos, rechaza sus ataques con vigor. El 19 de diciembre fueron batidos en Cartaguaro; en los últimos dias del mes, se realiza enteramente la traición de Joaquin cuyas tropas llegaban á Rimini y á Imola; tambien habian entrado como amigas en Ancona, y el 30, entraban igualmente, y en el mismo

concepto en Bolonia. Entonces fue cuando el virey de Italia, habiendo recibido refuerzos de España y de Alejandría, tomó nuevas disposiciones militares.

Inmediatamente despues de la victoria de Hanau, vuelto Napoleón á Maguncia, consagró seis dias en aquella ciudad á la reorganizacion de su ejército. El duque de Tarento debia defender el Rhin en Colonia, Marmont en Maguncia, el duque de Belluno en Strasburgo; el duque de Valmy fue á Metz á mandar las reservas; el general Bertrand, que dió el último combate sobre el Kintzig, es colocado en primera línea en Hocheim, delante de aquella cabeza de puente de Cassel, baluarte inexpugnable de Maguncia. Todo el resto del ejército habia pasado aquel gran límite que la naturaleza y la república habian dado á la Francia. Empero, igualmente que en Torgau, el tifo de los hospitales militares, corta el hilo de la vida á multitud de valientes que habia respetado el campo de batalla, en aquella tierra todavía francesa, en que no quedaron ya mas que sepulcros para sus defensores.

El 9 de noviembre, Napoleón estaba de vuelta en París, y tomaba con constancia las

medidas importantes que necesitaba el estado de las cosas, sin perder un momento de vista el curso de las negociaciones.

El Austria habia conocido muy bien que necesitaba tiempo para armar su mediacion, para lo cual empleó los dos meses de la negociacion de Plesswitz y del pretendido congreso de Praga. Lo mismo sucedia, respecto á la coalicion, porque habia resuelto la destruccion y ruina de Napoleon y del imperio frances; con todo, tambien necesitaba tiempo para hacerse abrir todas las puertas de Francia, y realmente habia encontrado los medios en la falaciosa negociacion de Francfort, provocada por el baron de Saint-Aignan, y para la cual se habia manifestado dispuesto Napoleon á los mayores sacrificios. Despues de Leipsick, ya el Austria habia tratado de seducir esa neutralidad, admirable privilegio que la Europa reconocia hacia muchos siglos; la Suiza la habia reclamado de nuevo el 18 de octubre, y Napoleon se habia apresurado á adherir á ella. Pero, el curso del Rhin, desde Basilea hasta el mar, no bastaba á la invasion europea; los aliados decidieron en Francfort que la neutralidad helvética seria tratada como

una parte del territorio frances, y la oligarquía de Berna, que guardaba la frontera alemana, convino en prestarse á la violacion del territorio helvético por el generalísimo austriaco. De este modo, nada podia contener la invasion de la Francia; el Rhin queda á disposicion de los coaligados en Basilea, en Rheinfelden, en Eschafina, y le es abierto el camino de Ginebra. Encargóse el primer movimiento á Schwartzemberg, el segundo á Bubna; Blucher aguardó la noticia de su marcha para pasar el Rhin por Manheim; Bernadotte esperaba tambien en Holanda para entrar en la Bélgica, á que Blucher hubiese entrado en la vieja Francia. Sin embargo, no es comprensible el motivo que causaba tanta circunspeccion, porque detrás de sí no dejaban mas que las guarniciones de Hamburgo, de Dantzick y de algunas plazas del Norte. El 11 de noviembre habia capitulado el mariscal San Cyr en Dresde con sus treinta y dos mil hombres, con los generales Tolstoï y Klenau. Pero el último embajador de Austria en Paris, el generalísimo Schwartzemberg, se negó á aprobar y ratificar la capitulacion; y cuando se adelantaba hácia la Francia, fue

embestido San Cyr y su ejército, desarmado y conducido á Austria. La Europa no reconocia ni leyes, ni juramentos, ni principios de honor, cuando se trataba de negociar con Napoleon. Stetin, despues de ocho meses de bloqueo, abrió sus puertas el 21 de noviembre; el 24 recibió Amsterdam dentro de sus muros al general Bulow, proclamó la independenciam de la Holanda y la vuelta de la casa de Orange; Utrecht se rindió el 2 de diciembre; el 4 entraron los Suecos en Lubeck; el 10, el enemigo ocupó á Breda y Wilhenstadt; en fin el 15, para que no le quedase ya á Napoleon aliado ninguno en Europa, firmó el rey de Dinamarca un armisticio con los Rusos, bien á su pesar. Entretanto, la fuerte ciudad de Torgau, donde se hallaban apelotonados veinte y siete mil hombres en las casas de una poblacion de cuatro mil quinientos habitantes, sufre con paciencia todos los horrores de la guerra, y todos los males de la humanidad; víctima de un contagio que hace perecer cuatrocientos hombres, cada veinte y cuatro horas, bombardeada noche y dia, hambrienta y desesperada, no le queda mas asilo para sus muertos que los hielos del Elba. Narbona, su

gobernador y el negociador de Praga, pereció víctima del contagio. El general Dutailis, que le remplazó, tuvo la serenidad y el valor de tener las puertas cerradas al enemigo hasta el último momento.

El 11 de diciembre, en medio de los desastres de sus tropas de la otra parte del Rhin, y de los enredos maquiavélicos de la coalicion, Napoleon dió, en el tratado de Valencey, un testimonio solemne del deseo de hacer la paz, cuyas bases puestas por los aliados reconoció volviendo la España á Fernando. Nunca se ha sabido quien consiguió diferir la ejecucion de este tratado. Este retardo se prolongó por mucho tiempo; sin embargo de la entrada de Fernando en España, habia resultado la reunion de cien mil hombres, que mandaban los mariscales Soult y Suchet desde Bayona hasta Gerona. La España neutralizada repentinamente con la vuelta de su rey, hubiera llamado sus tropas que duplicaban los ejércitos británicos. Wellington, reducido á solo sus Ingleses, no se hubiera atrevido á internarse en las provincias meridionales de Francia. La mayor parte de los ejércitos franceses de España hubieran podido presentarse

en las orillas del Loire á fines de diciembre, ó dirigirse sobre Leon para defender con Augereau la entrada de la Francia oriental á los Austriacos de Bubna. Se ha acusado al ministro de la guerra, Clarke, á lo menos de no haber dado orden alguna á los mariscales Soult y Suchet.

Todavía el duque de Basano habia entablado otra negociacion con el Papa; y la continuó, aunque ya no era ministro de relaciones exteriores; el obispo de Plasencia, que era el plenipotenciario, la dió publicidad por medio de cartas insertas en las gazetas. De manera que Napoleon, tratando con Fernando y con el Papa, se habia anticipado á admitir las bases de Francfort, y desde el momento que las aceptó, se negaron á ellas.

Mientras tanto, un senado-consulta en sesion de 15 de noviembre, habia llamado á las armas á trescientos mil hombres; otro habia fijado la apertura del cuerpo legislativo al 19 de diciembre. El 17 del mismo, un decreto imperial ponía en movimiento ciento ochenta mil guardias nacionales, para reforzar las guarniciones del interior. Napoleon necesitaba de la cooperacion de todos los recursos

de la Francia, y de todos los de su ingenio, en aquel momento en que debia hacer frente á los innumerables peligros que le rodeaban, y para hallar auxilios y zelo, en tan graves circunstancias, habia convocado al senado, al cuerpo legislativo y al consejo de Estado. En los terminos siguientes abrió aquella sesion solemne, cuyas consecuencias fueron tan fatales para la Francia y para él mismo.

SENADORES, CONSEJEROS DE ESTADO, DIPUTADOS DE
LOS DEPARTAMENTOS AL CUERPO LEGISLATIVO,

« Victorias esclarecidas han ilustrado las ar-
» mas francesas en esta campaña; empero de-
» fecciones inauditas y que no tienen ejemplo
» en los fastos militares, las han inutilizado.
» Hasta la Francia misma correria gran riesgo
» sin la energía y la union de los Franceses....
» Nunca me ha seducido la prosperidad, y la
» adversidad me hallará superior á sus tiros;
» frecuentemente he dado la paz á las naciones
» cuando me la pidieron. Con una parte de
» mis conquistas, he levantado tronos para re-
» yes que me han abandonado; grandes eran

» las intenciones que me habia propuesto para
 » la prosperidad y la ventura del mundo...
 » Monarca y padre, reconozco que la paz afianza
 » la seguridad de los tronos y de las familias...
 » Se han entablado negociaciones con las po-
 » tencias aliadas; yo he adherido á las bases
 » preliminares que me han propuesto; por mi
 » parte nada se opondrá al restablecimiento de
 » la paz.....»

Los documentos de la negociacion se comunicaron al senado y al cuerpo legislativo, cuyos cuerpos nombraron una comision para su exámen. La del senado presentó el 3o al Emperador su dictámen, aprobando todos los sacrificios que se pedian á la Francia para conseguir la paz..... « Este es el voto de la Francia, decia la diputacion, esta es una necesidad de la humanidad. Si el enemigo persiste en negarse á ella, combatiremos entre los sepulcros de nuestros padres y las cunas de nuestros hijos. »

El senado de Roma no se explicaba de otro modo, cuando Annibal acampaba á sus puertas; pero si los tiempos eran los mismos, los hombres eran diferentes.

Napoleon respondió: « Mi vida no tiene mas

» que un objeto, y éste es la felicidad de los
 » Franceses. Entretanto, el Bearn, la Alsacia,
 » el Franco-Condado y el Brabante, se hallan
 » invadidos, y los clamores de aquella parte de
 » mi familia me despedazan el corazón. Llamo á
 » Franceses en auxilio de Franceses; llamo á los
 » Franceses de Paris, de la Bretaña, de la Normandía,
 » de la Champaña, y de otros departamentos para
 » que socorran á sus hermanos ¿ Los abandonare-
 » mos en su desgracia? *Paz é independencia de nuestro*
 » *territorio* debe ser nuestra contraseña de
 » union. Los extrangeros, al aspecto de toda esta
 » poblacion armada, ó se alejarán de nuestro
 » territorio, ó firmarán la paz *sobre las bases*
 » *propuestas por ellos mismos. Ya no se trata de*
 » *recobrar las conquistas que hemos hecho.*» Esto era hablar como grande hombre y gran ciudadano. El dictámen de la comision del senado era igualmente digno de la nacion, del senado y de Napoleon. Así se terminaba: « El momento es decisivo. Los extrangeros tienen un lenguaje pacífico; em-
 » pero, algunas de nuestras fronteras se hallan
 » invadidas y la guerra está en nuestras puertas.
 » Treinta y seis millones de hombres no